

Ben quiere a Anna

Peter Härtling



PIRELLA GÖTTSCHE LOWE

INFANTIL



TÍTULO ORIGINAL:
BEN QUIERE A ANNA



Del texto: 1979, Beiz Verlag, Weinheim und Basel
Programm Beltz & Gelberg, Weinheim
1982, Ediciones Alfaguara, S.A.
1987, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

ALFAGUARA



- Grupo Santillana de Ediciones S.A.
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Avda. Universidad, 767. Col. del Valle,
México D.F. C.P. 03100
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires, Argentina
- Editorial Santillana S.A.
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú
- Editorial Santillana (ROU)
Javier de Viana 2350 (11200), Montevideo, Uruguay
- Editorial Santillana S.A.
Prócer Carlos Argüello 228, Asunción, Paraguay
- Santillana de Ediciones S.A.
Avda. Arce 2333, entre Rosendó Gutiérrez y Belisario
Salinas, La Paz, Bolivia

ISBN: 958-24-0057-9

Primera edición en Colombia: octubre de 1989
Cuarta reimpresión: febrero de 1995
Primera edición en Chile: julio de 1996
Cuarta edición en Chile: septiembre de 1999

Diseño de la colección:
JOSE CRESPO, ROSA MARIN, JESÚS SANZ

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por,
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotográfico, electrónico, magnético,
electrónico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

Ben quiere a Anna





INDICE

Ben pregunta	11
Anna	16
A Bernhard le lloriquea el trasero.	23
Holger se chiva	31
La casa de Anna	36
Ben escribe a Anna	43
Bernhard sustituye a Anna	47
Anna responde	55
Ben se pone guapo	61
Callos a la polaca y la sorpresa de Anna	66
Dos visitas	73
Anna y Ben se bañan	82
El segundo renglón	89
Ben enferma y Anna se va	95



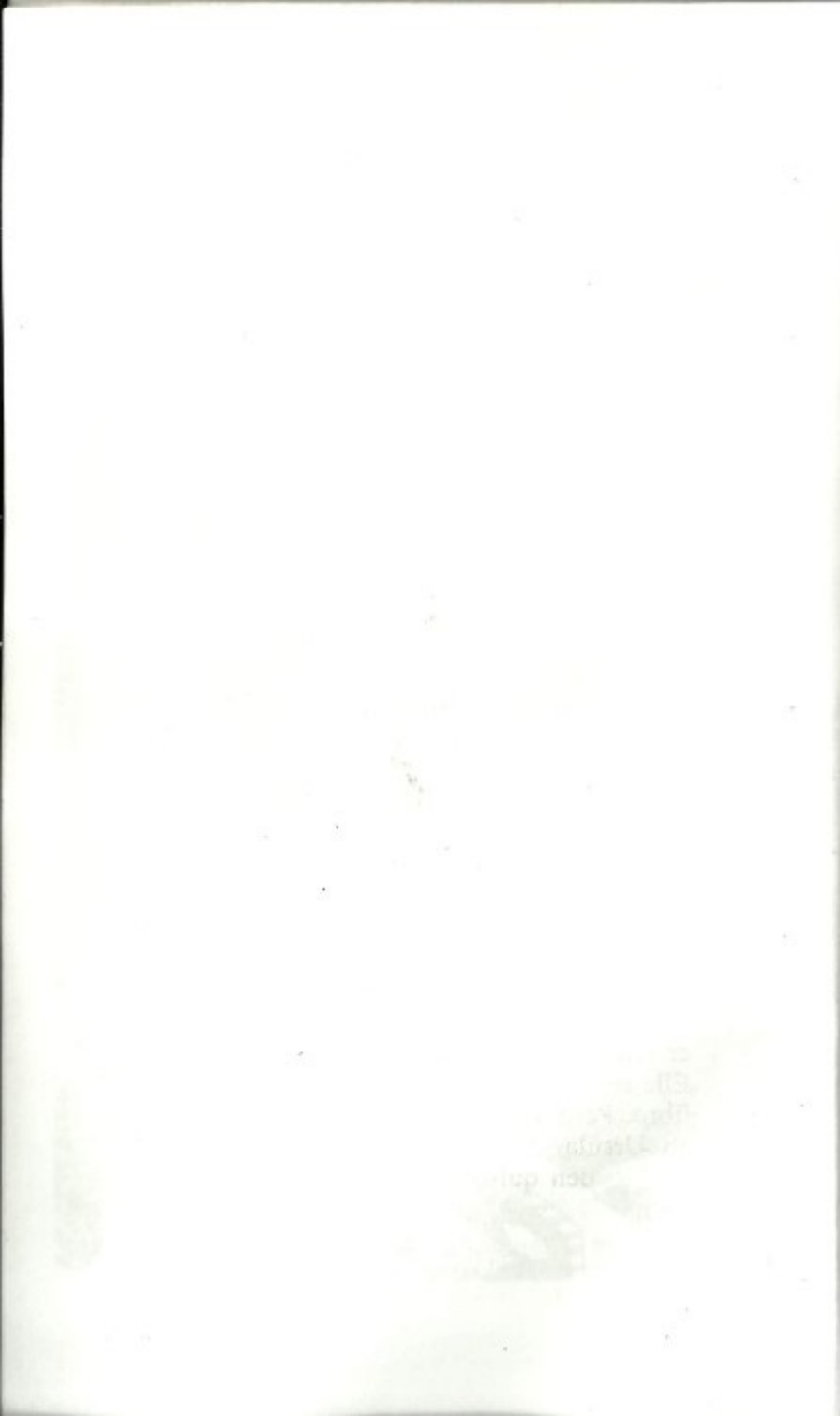
Esto no es ningún prólogo. Sólo quiero explicar, en pocas frases, por qué cuento la historia de Benjamin Körbel y Anna Mitschek. A veces los adultos les dicen a los niños: vosotros no tenéis edad para saber lo que es el amor. Hay que ser mayor para saberlo.

Eso significa que han olvidado muchas cosas, no tienen ganas de hablar con vosotros o se hacen los tontos.

Yo recuerdo perfectamente cómo me enamoré por primera vez, a los siete años. Ella se llamaba Ursula. No es la Anna de este libro. Pero al hablar de Anna pienso también en Ursula.

Ben quiso mucho a Anna. Y Anna a Ben.

Peter Härtling



Ben pregunta

No te metas el dedo en la nariz, indio, dice madre. Lo dice siempre que le ve hurgarse las narices. Ben nunca ha leído que los indios se metan el dedo en la nariz. Madre tiene una idea muy equivocada de lo que son los indios. Cuando Ben cavila, cavila hasta con la nariz. Madre lo sabe. Y ahora a Ben se le ha ido el santo al cielo.

—Ya no sé en qué pensaba —protesta.

—No debía ser tan importante —dice madre—. ¡Meterse el dedo en la nariz! ¡A punto de cumplir diez años!

—Conozco gente que lo sigue haciendo a los cincuenta.

—No me digas.

—¡El tío Gerhard!

Madre le vuelve la espalda y Ben sabe que se está riendo. Al poco rato se las

da otra vez de seria. Le resulta tan difícil que vuelca el salero.

—No sé cómo se te ocurren esas cosas —dice madre.

—Porque son verdad, Grete —le responde Ben. El y Holger la llaman Grete. Padre la llama Gretel.

—Siempre tienes que llevarme la contraria —dice madre.

Ben hace un gesto de protesta y luego dice:

—Tú le dijiste a papá que el tío Gerhard se comporta a veces como un cerdo. Y eso que no hay cerdos tan viejos.

Acabó con su paciencia. Madre suspira, se lleva la sopera de la mesa y cambia de tono. Es el que utiliza cuando se pone seria.

—Ya está bien de perder el tiempo. Ponte a hacer los deberes. Cuando llegue Holger dile que te los repase.

Holger tiene trece años y es el hermano mayor de Ben. De los primeros en la escuela, sin que le cueste demasiado trabajo. Las notas de Ben suelen ser bastante peores y madre cree que es un holgazán. No siempre. Pero puede suceder que, por mucho que se esfuerce, la evaluación salga fatal.

Madre ahora se apresura. Tiene que ir a la consulta del doctor Wenzel donde trabaja por las tardes.

—Empieza de una vez —le grita a Ben al marcharse.

Ben no empieza todavía. Primero contempla un gigantesco agujero en el aire. Luego se mete en su cuarto y regresa con el libro de los animales, profusamente ilustrado. Luego le da de comer a Gertrudis, que es su conejilla de Indias. Luego vuelve a sentarse a la mesa. Luego saca de la cartera el cuaderno y el libro de aritmética. Luego los abre. Luego coloca la pluma junto al lápiz y el borrarintitas. Luego se pone a soñar despierto. Luego se quita los zapatos y los envía a puntapiés hasta debajo mismo del armario de la cocina. Luego vuelve a meterse el dedo en la nariz. Luego empieza, por fin, a resolver los problemas.

Los deberes le parecen más difíciles que de costumbre. Probablemente porque está pendiente de otras cosas.

No le salen las cuentas porque piensa en Anna. Y se enfada. Pero vuelve a pensar en ella.

Y, en realidad, no quiere pensar en ella. Preferiría concentrarse en las Matemáticas. Eso sólo y nada más.

Cuando Holger llega a casa, Ben no ha terminado ni siquiera el primer problema. Holger es buena persona. Le ayuda gustosamente. Y Ben logra acordarse de cómo se resuelven. No son tan difíciles. Claro que cuando se confunden en su cabeza Anna y las Matemáticas, no le salen.

Tan pronto como terminan, Ben pregunta en voz baja:

—Oye, Holger, ¿cómo es estar enamorado?

Holger, a punto de meterse en su cuarto, se detiene, vuelve sobre sus pasos, le da emoción al asunto y al cabo de un rato dice:

—¿Estás chalado, enano?

Cuando Holger quiere presumir de mayor le llama siempre enano.

Ben se muerde los labios.

Holger se da cuenta de que ha hecho mal y le pone la mano en el hombro.

—Lo dije en broma. ¿Perdidamente enamorado? —le pregunta.

Ben asiente. Y no dice nada más. Holger se burlaría de él.

—¿La conozco? —pregunta Holger.

—¡No! —dice Ben casi gritando.

—Bien —dice Holger—, cuando estás perdidamente enamorado piensas siempre en la chica. Es como si te doliera la barriga. De verdad.

Lo que Holger dice es cierto. Ben nota una tensión en el vientre, o en el pecho. Siente que le duele todo un poquito. Tal vez sean manías.

Ben hace retroceder la silla y le da con ella en la rodilla. Holger grita. Eres un imbécil. Primero casi lloras y ahora...

—Déjame en paz —le dice Ben. Luego recoge apresuradamente cuaderno, libro, lápiz, pluma y borraritas, arrebatada la cartera de la mesa y se va a su cuarto. Pone el casete a toda marcha. Las ganas de llorar se las aguanta.

Le hubiera gustado ir al cuarto de Holger, pero después del incidente ya no puede. Saca a Gertrudis de la caja y la acaricia. Cuando la conejilla de Indias se siente muy a gusto lanza un silbidito. Y ahora silba.

Anna

Anna se incorporó a la clase al iniciarse el cuarto año escolar. Una mañana Herr Seibmann, el maestro, entró detrás de ella y dijo:

—Aquí tenéis a vuestra nueva compañera. Se llama Anna Mitschek. Portaos bien con ella. Lleva sólo seis meses en Alemania. Antes vivía con sus padres en Polonia.

Tenía un aspecto muy raro.

En vez de tejanos llevaba un vestido demasiado largo y pasado de moda. Se peinaba con una sola trenza, demasiado larga también. Era pálida, delgada y se sorbía los mocos.

A Ben le pareció horrible.

Algunos rieron disimuladamente.

—Comportaos —dijo Herr Seibmann. Luego hizo sentar a Anna al lado de Katja, y Katja se corrió un poquito en el pupitre

para alejarse de ella. Anna hizo como si no lo notara.

A Ben le pareció que desentonaba. Volvió a examinarla. Anna levantó la cabeza y lo miró. Ben entonces se estremeció. Anna tenía unos enormes ojos castaños, inmensamente tristes. Ben no había visto nunca unos ojos así. Tampoco supo por qué razón le parecieron tristes. Pensó que no había derecho a tener aquellos ojos. Daban miedo. No volvió a mirarla.

Durante los días siguientes nadie se preocupó lo más mínimo por Anna. Herr Siebmann exhortó a la clase a que se portaran bien con ella. Si al menos llorara, pensó Ben. Anna no lloró. Katja dijo que Anna le daba asco, que olía mal y que no sabía escribir. Que a los diez años ni siquiera sabía escribir correctamente.

—A lo mejor sabe escribir en polaco —dijo Bernhard.

—Es polaca. No es alemana —dijo Katja.

—Lo más probable es que no la de-
jaran quedarse en Polonia —dijo Bernhard.

—De tan mal que olía —dijo Katja.

Fue demasiado para Ben. Cogió a Katja del brazo.

—¡Ya está bien! ¡Tú sí que apesta!

Katja se soltó y gritó lo suficientemente alto para que todos los de la clase pudieran oírlo:

—¡Ben la defiende! ¡Ben quiere a Anna!



Ben se precipitó sobre Katja y le tapó la boca. A Katja se le congestionó la cara y empezó a patear.

—Déjala —gritó Regine—. ¡Déjala, que la asfixias!

No se habían dado cuenta de que Herr Seibmann llevaba un buen rato observándolos desde la puerta.

—¡Suelta a Katja, Ben! —Herr Seibmann tenía un enfado de mil demonios. Se le veía. Los hizo volver a sus pupitres.

La clase quedó en silencio. No se oía ni una mosca y todos se dieron cuenta de que Anna sollozaba. Quiso disimularlo. No lo logró. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Se las limpiaba repetidamente y se sorbía los mocos.

Herr Seibmann se dirigió al pupitre de Anna y le dijo a Katja que se cambiara de sitio con Regine. A Regine le dijo que procurara ayudar a Anna. Luego les soltó un sermón. Hablaba entre dientes. Se le notaba que hubiera preferido gritarles.

—Cualquiera de vosotros puede ir a parar a otra ciudad, o a otra escuela. Y todos os sentiríais extraños. En el caso de Anna es mucho peor. Ha crecido en otro país, en Polonia, y allí, en la escuela, sólo hablaba polaco. En casa, alemán y polaco. Sus padres vivían en Polonia pero son alemanes. Pidieron el traslado a la República Federal y ahora están aquí. Tienen ganas de sentirse en casa. Anna también. Y vosotros le amargáis la vida.

Ben tenía la mirada fija en Anna que había inclinado la cabeza. Ni siquiera se sabía si escuchaba las palabras de Herr Seibmann.

—¿Qué podríamos hacer? —dijo Bernhard al salir de la escuela.

—Nada —dijo Katja. Durante los días siguientes volvieron a dejarla sola. Hasta Regine renunció a ayudarla.

—Es tonta —dijo—. No quiere hablar conmigo. Es tontísima, os lo aseguro.

Todo empezó un buen día con una vieja pelota de tenis. Alguien la encontró en el patio de la escuela y Ben, Bernhard y Jens se pusieron a jugar con ella y a arrojársele mientras corrían. Anna estaba debajo del castaño, junto a la tapia. Siempre sola. Como un signo de admiración. Toda reproches. A Ben le pareció que era una forma de comportarse bastante tonta.

Es una estúpida, pensó. ¡Queremos ayudarla y se resiste! Tomó impulso, arrojó la pelota y le dio a Anna en plena frente. ¡Plass! Anna soltó un breve chillido. Va a echarse a llorar, pensó Ben. Y esperó a que empezara.

Los demás habían interrumpido sus juegos y miraban a Anna. Anna guardó silencio, se frotó la frente y lentamente, muy lentamente, se volvió hacia la tapia.

—Hiciste mal —dijo Regine.

Ben se enfadó muchísimo consigo mismo. ¡Bobadas!, dijo refiriéndose a lo que

había hecho. Parecía, sin embargo, que se refería a Anna y a su forma de comportarse.

Era cierto, quiso darle a Anna. Quiso incluso hacerle daño.

—¡Le ha estado bien! —Bernhard aplaudía como en el teatro o en el circo—. ¡Se la hubieras tirado tú, imbécil! —le dijo Ben.

¡Y encima, cobarde...! Bernhard salió corriendo con los otros. Había terminado el recreo.

Ben los siguió, arrastrando las piernas, pero no entró en clase. Esperaba a Anna. Anna no apareció. Ben volvió al patio. Anna seguía debajo del castaño. Quiso gritarle: ¡Anna! Pero hubiera sido demasiado. Podía pensar que pretendía algo de ella.

Lamentaba lo del pelotazo. Eso era todo.

—¡Anna! —dijo lo bastante alto para que ella lo oyera.

Anna permaneció inmóvil, dándole la espalda.

Si no quiere, pensó Ben. La culpa es de ella.

Anna volvió la cara hacia él. Tenía las mejillas sucias. Se había secado las lágrimas con las manos. Sus ojos parecían aún más tristes. ¡Qué ojazos! Anna fue a su encuentro con las manos unidas sobre el regazo, como si estuviera a punto de ponerse a rezar.

—Perdona —dijo Ben.

—Tampoco es para tanto —dijo Anna.

—Has llorado.

—Porque no me podéis ver ni en pintura.

—A mí me gustas —dijo Ben. No quiso decirlo—. ¡Uy! —gritó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Anna.

—Nada. Mierda.

—Acabas de decir... —dijo Anna.

Ben se tapó los oídos y empezó a aullar como una sirena.

Vio que Anna le hablaba. No la oía. Por suerte. Estaba hecho un lío y trotaba por delante de ella.

Volvieron tarde del recreo. Herr Seibmann ni siquiera puso el grito en el cielo, como tenía por costumbre. Se limitó a mirarles inquisitivamente.

—Bueno, ya podemos empezar el dictado.

Bernhard suspiró.

—¿Algún comentario? —preguntó Herr Seibmann.

La clase dijo que no. Como un solo hombre.

Este dictado va a ser una catástrofe, pensó Ben. Seguro.

La voz de Herr Seibmann resonó muy cerca:

—¡Benjamin Körbel! ¿Sueñas o estás despierto?

Ben trató de fijarse.

A Bernhard le lloriquea el trasero

Al día siguiente el mundo dejó de ser lo que era. Ben suspiraba por volver a la escuela. Por volver a la escuela a la que iba también Anna. Se levantó unos minutos antes de lo acostumbrado. Y no daba pie con bola. Todo le salía mal.

Madre aún no le había hecho el té y estaba de pésimo humor. Holger se quejaba de todo. Padre no podía llevarlo en coche a la escuela porque salía de viaje. Parecía nervioso y se tomaba el café de pie, junto a la nevera, estirándose constantemente el cuello de la camisa. Debió pillarla demasiado estrecha o se le hinchaba el cuello del enfado. Padre era ingeniero y tenía que ir a menudo a las obras. Ben había visto tres puentes en cuya construcción había intervenido su padre y aquella profesión le parecía interesante. Pero padre, ahora, no le parecía nada bien. Lo embarullaba todo con sus prisas.

—No bebas tan deprisa —dijo madre—, vas a quemarte.

No se sabía muy bien a quién se lo decía. El té de Ben, de todos modos, ya estaba casi frío.

Ben agarró la cartera con la intención de desaparecer lo más discretamente posible. Sintió de pronto que algo sucedía en sus vaqueros. Echó mano al cinturón. La cremallera se había roto. Soltó un grito espantoso. Padre, asustado, dejó la taza en el platillo. Quedaron todos boquiabiertos, contemplando a Ben.

—¿Te sientes mal, hijo mío? —preguntó madre.

—Mira. —Le mostró la bragueta abierta—. ¡Mira! ¡Mira!

—Le dio —dijo Holger.

Madre frunció el ceño.

—¡Anda, Ben, ponte los otros vaqueros! —dijo—. Date prisa.

Padre se echó a reír.

—Esto parece un manicomio —dijo.

Ben estaba ya delante del armario, sacando los otros vaqueros. Los que no le gustaban porque le iban demasiado anchos.

Pasó corriendo por la cocina, sin despedirse. ¡Que se fueran al diablo! Le habían amargado la mañana.

No llegó tarde pero sus compañeros ya estaban esperando delante de la clase. ¿Dónde estaba Anna? No la veía. Jens no le dejaba tranquilo.

—Suéltame.

—¿Por qué?

—Porque sí —quiso escapar pero Jens lo inmovilizaba y se reía—. ¡Es broma!

Para Ben no era ninguna broma. Nadie le dejaba en paz. No comprendía por qué tenían que estar todos contra él. Querían provocarle, burlarse de él.

Le soltó a Jens un puñetazo en la barriga. Jens empezó a gemir. No podía haberle hecho mucho daño pero aquel imbécil sacaba a relucir sus dotes teatrales. Seibmann iba a aparecer de un momento a otro y volvería a armarse.

—Ya está bien, tampoco es para tanto.

—Animal de bellota —le gritó Jens.

—Tú más —le respondió Ben.

Seguían dándose voces cuando vio a Anna, pálida y tímida, entre Bernhard y Gesine. Le miraba como si le hubiera hecho algo. Apartó a Jens de un empujón y se quedó solo. En aquel mismo instante apareció Herr Seibmann. No hizo caso del alboroto, les abrió la puerta de la clase y esperó a que todos hubieran ocupado sus pupitres. Ben se sentó, completamente amodorrado. Era un día fatal. Decidió prestar atención. Nada ni nadie conseguirían distraerle.

Imposible. Su cuerpo parecía un hormiguero. Hubiera preferido irse corriendo de la escuela, calle abajo hacia los campos. Correr y correr hasta despojarse de aquella sensación tan desagradable.

Herr Seibmann iba hablando tranqui-

lamente y sin parar. Les explicaba cómo surgieron los primeros pueblos.

—¿Ben?

—¿Sí? —Seibmann le había pillado.

—¿A qué se dedicaban nuestros antepasados antes de convertirse en campesinos o artesanos?

Tenía la cabeza vacía. Ni siquiera le hizo falta pensar en la respuesta. Sentía que iba a alzar el vuelo de un momento a otro. No estaría nada mal. Unas cuantas vueltas por encima de Seibmann y luego huir por la ventana abierta. Saldría en los periódicos: ¡Sensacional - el escolar volante!

Oyó a Regine que se lo soplabá:

—A la recolección.

—A la recolección —dijo Ben.

Seibmann frunció artísticamente el entrecejo y se encaró con Regine.

—Tú que lo sabes, ¿y a qué más?

—A la caza.

—En efecto. A la recolección y a la caza. ¿Serás capaz de aprendértelo de una vez, Benjamin?

Ben asintió. El día anterior lo había sabido. Ahora, en cambio, no se acordaba de nada.

Bernhard le soltó un empujón y le dijo en voz baja:

—A mí Anna me gusta. A pesar de todo.

Ben dejó de sentir aquel extraño hormiguco. Ahora eran malévolos pinchazos por

todo el cuerpo. Hubiera sido capaz de liarse a trompicones con cualquiera.

—A mí no —dijo Ben. No quiso decirlo. La culpa fue de Bernhard, por cambiar de opinión tan de repente.

Y añadió en un susurro:

—¡Gallina!

Bernhard insistió:

—Ahora me voy con Anna —dijo.

—Vete con ella, anda —dijo Ben.

Durante el recreo guardó distancias. Vio cómo Bernhard, Jens y Regine cuchicheaban y se reían todo el rato. Bernhard le dio a Anna un bocadillo. Y ella, encima, se alegró.

A lo mejor me entra fiebre, pensó Ben, y puedo irme a casa.

Fue el primero en regresar a la clase. Bernhard se puso a fanfarronear de inmediato. Era de esperar.

—Tú, Anna es de un sitio que se llama Gatowitz.

—Eso no existe.

—Sí que existe. Lo que pasa es que tú nunca has hablado con ella.

—No importa.

—Me permito recordarles mi presencia —dijo Seibmann. Así solía empezar la clase.

Lo de Bernhard no va a quedar así, pensó Ben. O me las paga o reviento. ¡Palabra!

Se sacó de la cartera una pegatina que le había regalado Holger. Una cara de culo

lloriqueante. La despegó de la lámina, debajo del pupitre, y esperó. Cuando Bernhard se levantara iba a ponérsela en el banco, boca abajo, para que se la clavara en el trasero.

Ben tuvo que armarse de paciencia. Por fin le tocó a Bernhard salir a la pizarra. Cuando volviera no tenía que ver nada sospechoso en el banco. Así que Ben hubo de esperar hasta el momento mismo en que Bernhard se sentaba. Logró emplazar la pegatina casi al vuelo. Aquella semana Bernhard se encargaba de borrar la pizarra y tendría que volver a levantarse. ¡Ojalá no tardara!

Demasiado para una sola mañana, pensó Ben.

Y, en efecto, antes de que acabara la hora Bernhard tuvo que levantarse una vez más. La cara de culo había quedado perfecta. En el mismo centro. A cada paso que daba Bernhard la cara de culo torcía el gesto. La pizarra tendría que estar el doble de lejos, pensó Ben. Pero era suficiente. La cara de culo hacía unas muecas sensacionales. Todo el mundo se dio cuenta. Algunos ya empezaban a morirse de risa. Bernhard no lograba comprender lo que ocurría. Miraba a uno y otro lado. Tampoco Seibmann podía ver aquella extraña cara en el trasero de Bernhard.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Seibmann.

Nadie dijo nada. Cuchicheaban, soltaban malévolas risitas de conejo y se tapaban la boca con la mano. Ben miró lo que hacía

Anna. Tenía los carrillos hinchados y se apretaba el puño contra los labios.

Ben sintió desvanecerse el hormigüeo. Se alegró.

Bernhard seguía sin enterarse. Dio un gran paso y a la cara de culo por poco se le saltan las lágrimas.

Regine se reía a mandíbula batiente.
—Ya está bien —dijo Herr Seibmann.

Bernhard, cada vez más perplejo, daba vueltas y más vueltas sobre su propio eje.

—Bernhard baila —gritó Jens.

—¡Silencio! —gritó Seibmann. Descubrió por fin la causa del alboroto y se rió también—. ¡Qué divertido! —dijo.

Bernhard, con lágrimas en los ojos, miraba fijamente a Seibmann.

—Te lloriquea el trasero —dijo Herr Seibmann—. ¡Ven! —Le arrancó la pegatina y la estampó en la pizarra—. Eso es todo —dijo. Y preguntó de pronto, muy severo—: ¿Quién ha sido?

Ben se estremeció.

Seibmann estaba ya a su lado.

—¿Has sido tú, Ben?

Ben se levantó y dijo que sí en voz baja.

—¿Por qué?

Ben guardó silencio.

—¿Así, sin más? —preguntó Seibmann.

—Así, sin más —susurró Ben.

—En tal caso, también podrás quedarte aquí, sin más, a hacer los deberes de Matemáticas cuando termine la clase. ¿Entendido?

Todo le salía mal, en efecto. Menos mal que le dio su merecido a Bernhard. No iba a poder hablar con Anna. Tal vez ella, antes de salir, se acercara a decirle algo.

No lo hizo.

Anna marchó riendo en compañía de Regine. Y ni siquiera se dignó mirarlo. Fue Seibmann el que se sentó a su lado, le sorprendió con su amabilidad y dijo:

—Ahora vamos a hablar tú y yo, de hombre a hombre. Eres un tipo raro, Ben.

Holger se chiva

Padre volvió a casa agotado. Al principio ni hablaba. Madre le sacó la cena y el té sin decir palabra. Padre vació la taza de un trago. Lo peor fue el regreso, dijo al cabo de un rato, ¡con esa lluvia! Ben ni se había dado cuenta de que por la tarde empezó a llover. Había estado en la cama, pensando y charlando con la conejilla Gertrudis. Holger y madre no le molestaron. Debieron creer que estaba haciendo los deberes.

Padre se refugió en el cuarto de estar, encendió el televisor y abrió el periódico.

—¿Qué tal? —preguntó.

—¿Qué tal, quién? —le respondió madre.

—Quién va a ser... tú y los chicos.

—Mucha gripe —dijo madre—, el consultorio lleno.

—No me extraña, con este tiempo —Padre se sintió ratificado.

—¿Y vosotros?

—Nada de particular —respondió

Ben.

Le tocaba hablar a Holger. Ben presintió la que se avecinaba. Holger respiró hondo, dándose una terrible importancia.

—Ben tiene una amiga —dijo—. El mismo me lo ha contado.

Padre dejó el periódico.

—No me digas.

—Buenas noches —susurró Ben.

—Espera un momentito —En la voz de padre no había el menor rastro de burla—. ¿La conocemos?

—No.

—¿Katja? —madre era demasiado curiosa.

—No, no es ella.

Holger quiso volver a meter baza.

—¡Cierra el pico! —le gritó Ben.

—¡Niños! —padre y madre les reconvinieron a dos voces. No les faltaba práctica.

—Se llama Anna y es nueva. Eso es todo.

Ben se escabulló por detrás de Holger que sonreía maliciosamente, se encerró en el baño y corrió el pestillo. Holger explicaba que Anna era polaca.

Padre y madre se sorprendieron.

—¿Polaca? ¿Cómo es posible?

—Debe ser una de esas familias de origen alemán que se repatrian —dijo padre.

A Ben no le gustó cómo su padre subrayaba «una de esas familias». No hablaría



nunca más de Anna con ellos. Y con Holger todavía menos.

Y sin embargo, a la mañana siguiente, madre se las ingenió para hablar con él de Anna.

—No es que queramos disuadirte de lo de Anna.

—Tampoco lo conseguiríais.

—No me pareció muy bien por parte de Holger.

—Da igual —dijo Ben.

—¿Te gusta?

—Es muy simpática.

—¿Polaca, de verdad?

—Sí, es de una ciudad que se llama Gatowitz o así.

—Querrás decir Kattowitz.

—Sí, eso.

Madre le acarició la cabeza. A Ben aquel gesto no le pareció oportuno.

—Tráela cuando quieras.

—No sé.

A madre se le pasaron las ganas de seguir hablando.

—Hoy no estás muy locuaz —le dijo a Ben.

—No.

Ben estaba a punto de cerrar la puerta cuando madre le dijo:

—Se me olvidaba. El tío Gerhard vendrá a vernos por Pentecostés. Estará tres días.

¡Sensacional! El tío Gerhard le gustaba porque era muy distinto. Padre solía

quejarse de que el tío Gerhard se ponía muy pesado. Claro que el tío Gerhard era el hermano mayor de padre. Y, además, estaba un poco loco.

Si Anna quiere, pensó Ben, le hablaré del tío Gerhard.

La casa de Anna

No hubo clase de trabajos manuales. Acabaron dos horas antes. Ben salió corriendo de la escuela para esperar a Anna y se escondió en la entrada de la panadería. Anna no apareció. Volvía a hacerse la remolona. Jens, en cambio, fue a comprar caramelos y le descubrió. Jens era el más goloso de la clase.

—Lárgate —le dijo Ben.

—¿Por qué? —preguntó Jens.

—¿Quieres pelea? —replicó Ben.

—Tú estás mal del coco —dijo Jens, y se metió en la tienda.

Si sale Anna, pensó Ben, Jens va a darse cuenta de que me he quedado a esperarla.

Anna apareció poco después. Iba sola por el otro lado de la calle y no podía ver a Ben. Era una ventaja. Había que esperar únicamente a que Jens saliera de la tienda. Así

podría seguirla. La vieja panadera tardaba siglos en contar los caramelos que iba poniendo en un cucurucho.

Sonó por fin la puerta de la tienda. Jens se quedó a su lado.

—Anda, lárgate —Ben le soltó un empujón y Jens bajó casi rodando los tres peldaños.

Jens se marchó.

Ben lo siguió con la mirada. Luego empezó a contar. Para alcanzar a Anna tendría que salir disparado al llegar a veinte. No sabía dónde vivía ni el camino que tomaba.

¡Veinte! Salió a todo correr y pudo ver cómo Anna torcía por una esquina.

Cuando estaba a punto de alcanzarla se detuvo. Con la lengua fuera. Tenía miedo de que Anna le tomara por un imbécil y le mandara a paseo. O se burlara de él. A veces Anna era muy suya.

La siguió despacio, guardando las distancias.

Si volviera la cabeza me haría un favor, pensó Ben.

Nada de eso. Anna apretó el paso. A lo mejor había notado que la seguía.

Se animó, por fin. ¡Vamos, Ben! Una breve carrerilla le llevó a su lado.

—¡Hola, Anna!

—Por aquí no se va a tu casa —dijo ella, haciendo como si hubiera sabido desde hacía rato que él la seguía.

—Ya lo sé.

—¿Quieres acompañarme un trecho?
—Anna solía hablar como una persona mayor. Ben se había dado cuenta el primer día.

—Sí. ¿Dónde vives?

—En el Kleiberweg.

—Pero... —Ben se calló. Anna terminó la frase:

—...sí, son barracas. Allí vivimos, de momento. Papá ya ha presentado la solicitud. Y pronto volverá a ganarse un sueldo.

—¿Es que no trabaja?

—En Polonia se quedó sin trabajo porque queríamos irnos a Alemania. Y aquí no le dan trabajo porque venimos de Polonia. Yo no sé qué pensar.

—Es la gente, que es tonta.

—¿Qué gente?

—Los que no le dan trabajo a tu padre.

—Con nosotros los de abajo pueden permitírselo, dice papá.

Ben no supo qué responder. Tenía que hablar primero con padre, que nunca se expresaba de aquella forma. Claro que era un caso muy distinto.

—¿Te lo pasabas bien en Kattowitz?

—Ben pronunció con esmero el nombre alemán de la ciudad: Ka-t-to-witz. No estaba muy seguro de haberlo entendido bien. Y madre tampoco debía ser una experta en ciudades polacas.

—¿En Katowice? —preguntó Anna. Era con e al final, pensó Ben.

—En Katowice se estaba bien —le

explicó Anna—. No muy lejos de las montañas y podíamos jugar en las minas.

—¿Minas?

—Minas de carbón. Donde lo sacan de las profundidades de la tierra. ¿Sabes cómo son?

—Claro.

—Bueno. Pues mi papá era mecánico de minas. Bajaba todos los días.

A Ben le pareció muy interesante y se preguntó hasta qué profundidad podrían llegar los pozos.

Anna le habló de Sonja y Maria, sus amigas de Katowice. Se le encendieron las mejillas. Ben la veía de lado. La encontró muy guapa y diferente de las otras chicas que conocía.

—¿Entras? —le preguntó a Ben cuando llegaron. La barraca casi se caía de vieja.

Ben hizo un gesto negativo.

—Quiero presentarte —volvía a hablar como si fuera una persona mayor. Lo tomó de la mano. Era la primera vez. La mano de Anna, cálida y pegajosa, lo arrastró al interior de la barraca.

Detrás mismo de la puerta estaba la cocina. O el cuarto de estar. Allí dentro había un montón de gente. A primera vista Ben pudo distinguir dos hombres, una mujer y tres niños. Luego descubrió a un diminuto bebé en un viejo cochecito de madera. Hacía mucho calor y olía a comida.

—¿Quién es ése? —preguntó la mu-



jer. Debía ser la madre de Anna y también ella parecía extranjera.

—Un amigo. Se llama Ben.

«Un amigo», había dicho.

Ben se dirigió hacia la mujer y le dio la mano.

Luego saludó a los dos hombres. Y uno de ellos, gigantesco, con el pelo corto de color pajizo, dijo:

—Yo soy el papá de Anna.

El otro era un amigo del papá de Anna, también polaco. Los niños le contemplaban con curiosidad. Luego se fueron a una esquina y empezaron a cuchichear.

—¿Quieres comer con nosotros?

—Muchas gracias. Tengo que volver a casa. Mi madre no sabe dónde estoy.

—Lástima —dijo la madre de Anna. Su voz le pareció muy hermosa.

Anna salió con él.

—¿Tú dónde duermes? —le preguntó Ben.

—Hay otro cuarto —dijo ella—. Para nosotros, los niños. Papá y mamá duermen en la cocina.

—¿Cuántos hermanos tienes? —le preguntó.

—Seis —dijo Anna—. Los cuatro que has visto y dos mayores que aprenden alemán en un internado.

—¿Tú lo aprendiste también así?

—Yo lo aprendí sola, de papá y mamá —dijo Anna. Debía de estar muy orgullosa de ello. Con razón, pensó Ben.

Volvió a casa a todo correr.

Miles de pensamientos se agolpaban en su mente. Anna le había llamado amigo. El padre de Anna tenía el pelo de un increíble color pajizo. Katovice. Anna era muy juiciosa. Tenían que dormir siete en un cuarto. Siempre salían perdiendo los de abajo. Tenía que preguntarle a padre por qué al papá de Anna no le daban trabajo.

Madre ya había vuelto y estaba trabajando en el jardín.

—¿Por qué llegas tan tarde? —le preguntó.

—He llevado a Anna a su casa —dijo. Madre asintió, sin inquirir detalles.

Ben se sintió decepcionado.

Ben escribe a Anna

Ensayaban el partido de fútbol para la fiesta de la escuela. La 4b contra la 4c. Ben era un futbolista más bien mediocre. No le importaba demasiado. Tampoco solía importarle que Jens, el mejor de los delanteros, le gritara: ¡Eres incapaz de centrar, calamidad! Pero hoy las chicas presenciaban el partido. ¡Anna de espectadora! Ben procuraba hacerlo lo mejor posible. Corría más que de costumbre, iba a por el balón con mucha más frecuencia. Ahora bien, cuando se hacía con la pelota no daba pie con bola. Resbalaba, tropezaba con el esférico, no acertaba y la pelota iba a parar a los pies del contrario. ¡Una catástrofe! Alguna vez tenía que salirle bien. Ben insistió en lanzar un córner para su equipo. Jens se llevó las manos a la cabeza y Bernhard intentó calmarlo.

—¡Déjalo!

—Lo tiro yo —dijo Ben.

Tomó carrerilla, como había visto en la «tele», y le dio al balón de forma que en lugar de ir a parar al área de castigo, rodó lamentablemente a lo largo de la línea de fondo, por detrás de la portería enemiga. A Jens no había quién lo calmara. Se echó al suelo, pataleó y empezó a chillarle. Hasta Herr Seibmann le dirigió a Ben una mirada de reproche. Lo peor fue Anna: se reía de él. Se reía aún más fuerte que Regine. Las risas de Regine no le importaban, pero Anna se burlaba de él.

—Haz un rato de juez de línea —dijo Herr Seibmann—. Jürgen va a sustituirte.

Todos se confabulaban contra él. Tampoco de juez de línea se lucía y Herr Seibmann le reconvino en varias ocasiones:

—¡Abre bien los ojos, Ben!

Los tenía bien abiertos y era incapaz de ver nada. Hubiera preferido que se lo tragara la tierra. Todo por insistir tanto en lanzar el córner. Ahora era demasiado tarde.

Después del partido procuró perder de vista a Anna. Era igual de tonta que Regine y Katja.

Se lo contó todo a Gertrudis, su consejera de Indias. Gertrudis le escuchó tranquilamente y no silbó ni una sola vez.

A continuación Ben decidió escribirle una carta a Anna. Buscó el papel que le habían regalado el día de su cumpleaños. No lo encontró. Así que arrancó una página del cuaderno de Religión. Y puso un cartucho nuevo en la pluma.

La carta decía así:



Querida Anna:

Estuvo mal que te rieras. Pasa que no soy tan buen futbolista como Jens. El, en cambio, no sabe nadar y yo nado muy bien. También te habrías reído si Jens se hubiera ahogado. No me gustó nada que te rieras. Te ruego que no vuelvas a hacerlo. Por lo demás me gustas. Así que dime si quieres que salgamos juntos.

Ben

Holger les preguntaba siempre a las chicas si querían salir con él. De manera que hizo bien en preguntar a Anna.

Aprovechó el recreo para meter la carta en la cartera de Anna. Ya la encontraría.

Bernhard sustituye a Anna

Todo el mundo esperaba con impaciencia las vacaciones de Pentecostés. Me alegro de no tener que veros ni oíros durante unos días, dijo Herr Seibmann. ¡Muchas gracias, lo mismo digo!, respondió Bernhard. Fue demasiado para Herr Seibmann. Condenó a Bernhard a escribir veinte frases sobre las alegrías de un maestro. Sé cantidad, masculló Bernhard.

Todo el mundo esperaba con impaciencia las vacaciones. Ben no. Anna no había contestado a su carta. No le había dicho nada ni le había escrito. Ben era incapaz de comprenderlo. ¿No le había gustado la carta? Hubiera podido decírselo personalmente. ¿Qué significaba tanto silencio? Volvió a sentir aquella tensión en el pecho, en el estómago. Se hartó. Y como no quería estar pensando siempre en Anna, reavivó su amistad con Bernhard.

—¿Vas a venir a casa esta tarde?

Bernhard se quedó algo perplejo. Procuró disimularlo y dijo simplemente:

—Si tú quieres.

En la mesa del jardín clasificaron los automóviles en miniatura que coleccionaba Ben. Holger le había regalado los suyos y padre le traía alguno de vez en cuando. Ben los iba apuntando en una lista y Bernhard pegaba en los cochecitos diminutas etiquetas de colores con los números. Bernhard, de todos modos, consideraba inútil todo aquel trabajo.

—Siempre se rompe o pierde alguno —dijo.

—Así me doy cuenta —dijo Ben.

—Es peor —respondió Bernhard—. Sólo te sirve para enfadarte aún más.

Luego charlaron de las chicas de la clase. Bernhard suspiraba por Katja. Ben no tenía ganas de hablar de Anna. Bernhard se moría de ellas.

—Anna —dijo Bernhard— ha mejorado mucho. Juega a todo. Y no chilla tanto como las otras.

—No sé —dijo Ben—. Al fin y al cabo es una chica.

—Diferente.

—¿Estás mal del coco?

—Anna es diferente.

Se hubieran peleado, sin lugar a dudas, si la madre de Ben no llega a pedirles que regaran los arbustos del jardín con la manguera.

—Ahora mismo, Frau Körbel.

Bernhard se las daba de diligente.

No pensaba más que en bobadas. La madre de Ben se echó a reír y dijo:

—Hablas como los niños de las películas.

—Has oído —dijo Bernhard—, tu madre cree que sirvo para la «tele».

Ben no le hizo caso y desenrolló la manguera.

Bernhard insistió bastante y Ben le dejó que regara. Bernhard se metió la manguera entre las piernas y parecía como si meara.

—Mira, Ben —exclamó.

Ben no se dignó mirar.

—Eres un aguafiestas.

—Seguro.

Bernhard empezó a mover salvajemente el trasero.

—¡Ahora soy un elefante!

—Ya está bien —dijo Ben.

A Bernhard acababa de ocurrírsele otra idea. Delante de la casa del vecino, en la acera, descubrió el cubo grande de la basura, recién vaciado. Era el de los Leibel que volvían a casa por la tarde.

Bernhard saltó la cerca, arrastrando tras de sí la manguera.

—¡Vente conmigo, Ben! Vamos a llenarles el cubo de agua. Y cuando lo recojan...

Bernhard comenzó a verter agua en el gigantesco cubo. Ben, mientras tanto, vi-

gilaba. Sobre todo para que no les sorprendieran los Leibel.

—¡Cabe una barbaridad! —Bernhard suspiraba de gozo.

Había transcurrido un buen rato y el agua ni siquiera llegaba a la mitad del cubo.

—¿Ya está bien, no? —dijo Ben.

—¡Qué va...! —Bernhard estaba decidido a coronar su obra.

—Cabe tanto como en la bañera.

—Casi.

—Yo diría que más.

—Tanta como en una bañera y media.

Se crecían en el empeño. Ben pensó que valía la pena haber renovado aquella amistad con Bernhard.

El cubo quedó lleno a rebosar.

—Pon la tapa —ordenó Bernhard.

—Ven, vamos a ver si conseguimos levantarlo —dijo Ben.

—Imposible —Bernhard tenía razón. Tiraron de las asas. Pesaba como una roca.

Desaparecieron rápidamente por detrás de la verja. Ben volvió a enrollar la manguera.

—Los demás arbustos puedes regarlos mañana —dijo Bernhard.

Luego esperaron a que llegaran los Leibel.

No tardaron mucho. Primero apareció Herr Leibel, en su coche. Leibel es un «pez gordo» en los Ferrocarriles Alemanes, decía padre. Aunque no tuviera aspecto de «pez gordo». Parecía más bien una triste foca. Era



bajito, algo rechoncho, solía llevar un traje gris, muy arrugado, y arrastraba eternamente un inmenso portafolios negro.

El día del cumpleaños de Ben los Leibel siempre le hacían algún regalo. Un bolígrafo o un calendario en los que ponía *Ferrocarriles Alemanes*. La última vez Herr Leibel le había regalado un cenicero con esa misma inscripción.

—Qué delicadeza —dijo padre— para ti que fumas tanto.

Herr Leibel salió del garaje a pasitos cortos y enérgicos y se dirigió hacia el cubo. El cubo le llegaba casi hasta el pecho. Quiso llevárselo y le crujieron todos los huesos. Herr Leibel se encogió y gritó: ¡Ay! ¡Huy! Luego se incorporó de un salto, destapó el cubo, examinó su contenido, lo cerró de golpe y le soltó un puntapié con sus brillantes zapatos negros. A continuación giró en redondo y se encaminó hacia ellos pasito a paso.

—No puede vernos —susurró Bernhard—, no nos ha visto, seguro.

Herr Leibel hincó el dedo en el timbre. De haber podido, taladra el muro.

—¡Voy, voy! —gritó la madre de Ben desde el interior de la casa. Abrió la puerta y se sorprendió—: Es usted, Herr Leibel —Leibel estaba tan enfadado que no podía ni hablar.

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! —repitió tres veces.

Madre se dio cuenta de que algo olía a chamusquina.

—Pase usted, haga el favor, pase —le dijo a Leibel con relativa calma.

La puerta se cerró detrás de ambos.

—Yo me largo —dijo Bernhard. Ben se quedó solo entre las matas, imaginándose las lamentaciones de Herr Leibel.

Aquello se prolongó bastante. A madre no debía resultarle nada fácil tranquilizarlo. Se abrió la puerta. Ben se acurrucó bajo un arbusto. Herr Leibel avanzaba orgulloso por el sendero de gravilla. Había vencido. A Ben iba a caerle una buena.

—¡Ben! —Madre no perdió un solo segundo.

—¿Sí? —Contestó tan bajito que madre volvió a exclamar todavía más alto:

—¡Ben!

Madre lo pescó por el pasillo.

—¿Sabes la que has armado?

—Yo, yo...

—¿Cómo fuiste capaz de hacer una cosa así?

—Yo, yo...

—Sabes perfectamente que tenemos problemas con los Leibel, que son la mar de picajosos.

—Sí, yo...

—¿No puedes prescindir de ese estúpido yo, yo...?

—Es que yo...

—Herr Leibel se ha hecho daño. A lo mejor tiene que ir al hospital.

—Es que nosotros, nosotros...

—¿Por qué dices de repente nosotros?

—Bernhard y yo sólo, sólo...

—Quisisteis gastarle una broma pesada.

—Sin intención...

—Sin malas intenciones. Ya lo sé. Esperemos que no nos vengan luego con reclamaciones —dijo madre, algo más pacífica.

—Es que yo no sabía, Grete...

—¿Qué es lo que no sabías?

—Que Leibel estaba enfermo.

Madre le dio un empujón.

—Vete a tu cuarto. Y te quedas allí hasta la hora de la cena. La próxima vez en lugar de Bernhard te traes a Anna. A ella no se le iban a ocurrir semejantes disparates.

Ahora era madre la que le recordaba a Anna. A él, precisamente, que había invitado a Bernhard para olvidarla.

Anna responde

La víspera de las vacaciones Anna le puso un papelito en el pupitre. Sin el menor disimulo. Toda la clase se sonrió. Ben dejó caer la mano sobre la nota y la fue arrastrando lentamente.

—¡Tienes que leerla en seguida! —dijo Anna.

Herr Seibmann entró en clase. Ben se metió el papel en el bolsillo.

—¡A pesar de todo! —le gritó obstinadamente Anna.

—¿Qué significa a pesar de todo? —preguntó Herr Seibmann.

—Anna le ha escrito una carta a Ben —exclamaron todos a coro.

—¿Sí? ¿Y qué? —Herr Seibmann se comportaba como si Ben recibiera a diario carta de Anna.

Anna se levantó. Sin hacer el menor caso del jolgorio.

—Se la ha metido en el bolsillo sin leerla —dijo.

Herr Seibmann comprendió por fin lo que ocurría.

—Ah, claro, por eso dijiste a pesar de todo. Vamos a ver, Ben, léenos la carta. Y los demás, silencio.

Ben se sacó el papelito del bolsillo y lo desplegó. Le daba mucha vergüenza. ¿Por qué no se lo habría entregado en el recreo? Primero le hacía esperar y luego le tomaba el pelo.

—¡Que la lea! ¡Que la lea! —gritaban todos.

—¡Silencio! —respondió Herr Seibmann—. La correspondencia es inviolable. Tendríais que saberlo. Y ahora, empecemos de una vez. Si tantas ganas tenéis de leer, sacad el libro de lecturas...

Ben leyó. La carta no era larga.

Querido Ben:

Recibí tu carta y me ha gustado. También me gusta lo que dices. ¿Te vas de vacaciones? Si no te vas a lo mejor podemos hacer algo juntos.

Anna

Ben sintió que Anna le contemplaba fijamente mientras leía.

—¿Acabaste? —le preguntó Herr Seibmann.

—Sí —respondió Ben en voz baja.

—Pues ahora atiende. Después de la segunda hora tendrás tiempo de decirle a Anna lo que opinas de su carta. ¿De acuerdo?

Ben asintió.

Le hervía la sangre. Bernhard le susurraba algo. No lo entendió ni quiso entenderlo. Se sentía incapaz de seguir la clase. Herr Seibmann se abstuvo de preguntarle. Ben le quedó enormemente agradecido.

Ben pensaba si sería mejor salir con Anna al recreo o adelantarse corriendo y esperarla en el patio. Así los otros no podrían burlarse.

Anna se le anticipó. Se interpuso en su camino y le preguntó sin preocuparse por sus apuros:

—¿Os vais de vacaciones?

Ben no conseguía articular palabra. Hizo un gesto negativo.

Anna lo tomó de la mano y lo arrastró al patio.

—¡Estupendo! —dijo—. Mañana estás invitado. Papá y mamá quieren que vengas a comer a casa. En Polonia la gente siempre se invita a comer.

—Esto no es Polonia —dijo Ben. Por fin logró recuperar el habla.

—¿Tú crees que soy tonta? —Anna soltó una risita.

—Tengo que preguntar en casa.

—Hazlo.

—Tendrás que venir también a mi casa, Anna.

—De acuerdo.

—Cuando venga el tío Gerhard lo más probable es que salgamos de excursión.

—¿A dónde?

—No sé.

—¿En coche?

—¿Cómo vamos a ir si no?

—Hace tiempo que no voy en coche —dijo Anna.

—¿No tenéis?

—No. Papá primero ha de encontrar trabajo —De repente lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí. Todos los que estaban en el patio pudieron verlo. Luego se alejó dando brincos y cambiando el paso. Ben se quedó patidifuso.

—¡Hasta mañana! —le gritó Anna.

—Podríamos hablar después de la escuela.

—¡Imposible! Mamá me está esperando.

—¿Te ha besado? —le preguntaron primero Jens y luego Bernhard.

—¡No! ¡No! ¡No! —Ben pateaba de ira.

¿Por qué lo habría hecho? Fue muy bonito, de todos modos.

Antes de que madre se marchara al trabajo le preguntó si podía ir a comer con Anna al día siguiente.

Madre no quería que fuera.

—Apenas les alcanza para ellos —dijo.

—Los padres de Anna quieren que vaya.



—Bueno —dijo madre—, los polacos tienen fama de hospitalarios.

—No son polacos —corrigió Ben.

—Como tú quieras —respondió madre.

Por la tarde se encerró en su cuarto. Holger fue a jugar al ping-pong y lo dejó tranquilo.

Ben, en su escritorio, escribía lentamente, frase por frase:

Anna no es tan alta como yo.

Anna es alemana y ha nacido en Polonia.

Pero es alemana.

Yo quiero a Anna.

Anna es de Katovice, con e final.

Anna tiene el pelo negro y se peina con una sola trenza.

Anna es diferente de las otras chicas.

Anna es guapa. Por los ojos.

Es probable que yo a Anna le guste.

A mí Anna me gusta mucho.

Anna casi me besa.

Los ojos de Anna son los más bonitos.
Palabra.

Ben releyó lo que había escrito y le dio vergüenza. Arrugó la hoja y la tiró a la papelera.

No tenía que hacer los deberes. ¡Toda la semana sin tener que hacer los deberes! Sacó la caja de Gertrudis al jardín. A Anna no le había hablado todavía de Gertrudis, su conejilla de Indias. Seguro que iba a gustarle.

Ben se pone guapo

Ben se despertó tarde. Madre no le había llamado. La víspera le dijo que disfrutara de las vacaciones. Ni siquiera Holger, con los discos a todo volumen, había conseguido perturbar su sueño.

Madre entró en el cuarto.

—¡Hace sol! ¡El desayuno está esperando!

—¡Grete! —Ben se desperezaba sin prisas y madre tuvo que amenazar con hacerle cosquillas para sacarlo de la cama.

Se acordó de que le habían invitado.

—¡Tengo que irme! Me esperan a comer. Anna estará impaciente.

Madre subió las persianas y Ben parpadeó al sol.

—¡Como en verano! —dijo.

—Exacto —dijo madre—. Y tú durmiendo como una tortuga en invierno. No hace falta que te pongas nervioso. Son las

diez. Tienes dos horas. ¿Sabes que mañana va a venir el tío Gerhard?

—Claro.

Holger ya había desplegado todos sus cachivaches electrónicos para que el tío Gerhard se los ordenara.

—Esperemos que no se pasen todo el día con ellos —dijo madre.

Cuando el tío Gerhard se ponía a hacer experimentos, madre era la única capaz de devolverlo a la vida social.

—Lo primero que tienes que hacer es sacar a Gertrudis al jardín —dijo madre—. Esa conejilla apesta.

Salió corriendo al jardín, en pijama, se sentó en el césped con la cara al sol. Soplabla una tibia brisa. ¡Qué bien se sentía! ¡Sin escuela! Un tiempo magnífico. La comió en casa de Anna. Les tenía un poco de miedo a los padres de Anna y a toda aquella gente. Holger abrió la ventana de par en par, sonrió burlonamente y le gritó:

—¡Dormilón!

—¡Depredador! —le respondió Ben.

Holger estaba de tan buen humor como él. Dejó de fastidiarle e hizo volar una flecha de papel sobre el césped.

Ben decidió entrar en acción y a partir de aquel momento todo fue como una seda. Se bañó a conciencia. Se lavó el pelo. Se cortó las uñas. Se secó el pelo con el secador. Se puso sus vaqueros favoritos y la camisa ancha. Con la loción de afeitar de padre se humedeció la frente y las mejillas. Se sentó



a la mesa de la cocina, le quitó a la cafetera la caperuza aislante, se sirvió café, untó el pan con mermelada y comió tranquilamente.

Llegó Holger y se acabó el idilio. Holger se quedó en vilo, como si hubiera echado raíces, miró fijamente a Ben, alzó las manos, abrió la boca y empezó a dar muestras del más profundo asombro.

—¡Grete! ¡Grete! Ven. ¡Rápido! Tienes que verlo. Extraordinario. ¡Mi hermanito! ¡Es para morirse!

Madre no se hizo de rogar. También ella se llevó las manos a la cabeza y le contempló absorta, como si Ben fuera el mismísimo Superman en persona.

—Increíble —suspiró—. ¿Te has lavado el pelo tú solo? ¿Te has bañado, así sin más, en pleno día?

—Dejadme en paz —murmuró Ben contemplando la taza.

—¡No! ¡No! ¡No! —Esta vez era madre.

—Huele como una floristería —Esta vez era Holger.

—Ya lo noté —Esta vez era madre.

—Cuenta, cuenta... —Esta vez eran Holger y madre, a coro.

—¿No te habrás puesto mi perfume? —Esta vez era madre. Aspiró profundamente, se le acercó—. No, es la loción de Horst, la que usa para afeitarse —dijo—. ¿Sí o no?

Ben asintió de forma casi imperceptible. Había ido resbalando hasta el borde de

la silla, con la intención de despegar y largarse a toda prisa.

A Holger no había quien lo calmara.

—¡Lo loción de padre! ¡Demasiado!

¿Es que también te has afeitado?

—Síiiiiiiii —rebuznó Ben antes de desaparecer de un salto.

—¡Paaaara! —le gritó madre—. Tengo que darte un ramo de flores para la madre de Anna. Espera.

—¡No hace falta! —dijo Ben.

—¡Más flor que él...! —relinchó Holger.

Callos a la polaca
y la sorpresa de Anna

También Anna se dio cuenta.

—Te pusiste guapo —dijo—. Por nosotros no hacía falta.

Ella llevaba unos vaqueros de pana. Ben no recordaba haberla visto así vestida en la escuela.

Anna lo empujó para que entrara. A Ben le pareció que allí dentro había incluso más gente que la última vez. No se esforzó por distinguirlos. A Frau y Herr Mitschek ya los conocía.

Reinó el silencio unos instantes. Lo miraron e inclinaron la cabeza para saludarle. Y siguieron hablando, todos a la vez, en alemán y en polaco. Ben se sintió a sus anchas. Le gustó aquel alborozo.

Anna es pobre, pensó, pero se lo pasa bien porque esta gente es muy distinta.

En el centro de la mesa había dos ollas



humeantes y una fuente de patatas. Herr Mitschek era el que servía. Empezó por Ben.

—¿Te pongo mucho? —le preguntó. Vio que Ben titubeaba y le sirvió poquito. Luego añadió media patata—. Si te gusta habrá más —le dijo.

Era una especie de sopa, espesa y de color parduzco, con pedazos de carne blanca. Sabía un poco ácida pero estaba buena. Y la carne también. Ben no se atrevió a preguntar qué era.

En el momento menos pensado Anna le dirigió la palabra y Ben se asustó. Tanta fue la sorpresa que el tenedor falló la boca y se pinchó la nariz.

—Son callos a la polaca, sabes —le dijo Anna.

Asintió y siguió comiendo. Le dolía la nariz. Callos. Madre solía decir que era capaz de cocinar y comer de todo, menos callos.

—Están ricos —dijo.

—¿Quieres más, Ben? —le preguntó Frau Mitschek.

Le pusieron un buen plato. Grete, a veces, se equivocaba. Cuando acabaron de comer Anna le preguntó:

—¿Quieres que te enseñe mi escondite?

—Claro —dijo Ben.

Atravesaron la sucia plaza que se extendía por delante de las barracas y tomaron un sendero entre huertos.

Anna conocía perfectamente el terre-

no. Por aquí anda siempre sola, pensó Ben. Sentía como una especie de envidia. O celos.

El sendero terminaba en la vía del tren. Los carriles estaban oxidados y entre las traviesas crecía la hierba.

Anna le precedía brincando por las traviesas.

—¡Ven! —le dijo.

A Ben le parecía todo muy grande. Corrió detrás de ella, tratando de saltar de una traviesa a otra sin conseguirlo.

—¡Demasiado! —gritó Ben levantando los brazos.

—¿Es bonito, no? —dijo Anna—. En seguida llega la sorpresa.

La sorpresa se escondía entre la maleza, al lado mismo de la vía: una casita de madera. Más alta que ancha. Debió haber servido para guardar herramientas y de refugio para los guardavías cuando hacía mal tiempo.

Anna se detuvo delante de la puerta.

—Tienes que esperar un poco —le ordenó—. Primero voy a echar un vistazo. No sé si está todo en su sitio.

—¿Es tuya? —preguntó Ben.

—Sí —le respondió orgullosamente Anna.

—Anda, te espero.

La oyó trajinar por la casita. Al cabo de un rato Anna le abrió la puerta y dijo:

—Sírvase usted pasar, caballero.

En el suelo de tablas había un colchón viejo y por encima del colchón, tapando la

mitad, una manta de colores. Había hasta una silla y una estantería con tebeos. Y cinco botes de té, abollados, en hilera.

Anna sacó un pedazo de chocolate de uno de ellos. Luego se sentó en el colchón. Anna, aquí, parecía mucho más segura de sí misma que en la escuela. Así me gusta, pensó Ben.

Se sentó a su lado y se repartieron el chocolate. Ben no sabía qué decir. Fue Anna la que habló de la carta.

—¿Es verdad lo que me escribiste?

—¿Qué?

—Que te gusto.

—Sí, es cierto.

—Tú a mí también me gustas.

Ben no la miró, masticaba el chocolate.

—¿Sí? —preguntó.

—Sí —dijo ella—. De verdad.

—Tengo sueño —dijo Anna dejándose caer sobre el colchón—. Echate tú también.

Se quedaron así un buen rato. Ben de espaldas a Anna.

—Date la vuelta.

Ben se dio la vuelta. La cara de Anna estaba al lado mismo de la suya. Ben sentía su aliento en la mejilla y en la frente. Cerró los ojos. Anna le pasó el dedo por el rostro. Luego, de repente, por los labios. Haciéndole cosquillas.

—Mira que te muerdo.

—Atrévete —dijo ella.

Ben la atrajo hacia sí, sin abrir los ojos, y mordió.

—¡Ay! ¡Mi brazo! —gritó Anna.

Ben rió.

—Siento tu calor —dijo.

—Ahora vamos a dormir —dijo ella.

—Yo no tengo sueño.

—Yo tampoco —Anna rió, se levantó y saltó por encima de él.

—Vamos a sentarnos en la vía a leer tebeos. ¿Quieres?

Todo lo que a ella le gustaba, le gustaba también a Ben.

Algunos de los tebeos no los había leído. Se sentaron muy juntitos y se rieron de los dibujos. Ben sentía muy cerca la risa de Anna y puso varias veces el brazo sobre sus hombros, pero volvió a quitarlo. Me falta práctica, pensó.

—Tenemos que irnos —Anna se levantó, puso los tebeos en la estantería, alisó las arrugas de la manta y cerró bien la puerta.

Esta vez no corrieron. Caminaron lentamente entre las vías.

—¿Te quedas? —dijo Anna.

—No puedo, tengo que volver a casa.

Anna se detuvo, parpadeó y le dijo:

—Lo que sí que puedes darme es un beso.

Se precipitó en exceso. Sus labios tropezaron con la nariz de Anna y no acertó la boca hasta el final.

—¡Puh! —dijo Anna.

—Mañana vienes a casa —dijo Ben.

—Si me dejan.

—Por la tarde —dijo Ben—. Adiós.

Se le adelantó corriendo y atravesó la plaza que se extendía entre las barracas sin volver la cabeza. De tan absorto tropezó y cayó al suelo. Se lastimó las manos. Le dolían. Mierda, masculló entre dientes apretando los puños. Le dolieron aún más.

Dos visitas

Holger se apoderó inmediatamente del tío Gerhard. A Ben le sentó mal. Se había propuesto interceptarlo, pero Holger, una vez más, se levantó primero. En vista de ello, Ben decidió quedarse un rato más en la cama. Oyó la voz de padre. Padre también estaba de vacaciones. Toda la familia reunida. ¡Y encima el tío Gerhard! Al tío Gerhard lo había descrito en un ejercicio de redacción. Herr Seibmann no quiso creer lo que había escrito. Ya no quedan tíos tan raros, dijo.

El tío Gerhard se estaba riendo. Reía como nadie. Y al reír aspiraba el aire y hacía ¡juic-juic-juic! Parecía un cerdo saliendo de estampida. ¡Juic!

En aquella redacción Ben había descrito a su tío de la forma siguiente. Más o menos: El tío Gerhard es el hermano mayor de padre. A primera vista, nadie lo diría. Cuando se sale de paseo con el tío Gerhard

todo el mundo se queda mirando. El tío Gerhard mide dos metros y es más delgado que un fideo. Anda como un avestruz y tiene los brazos muy finos y demasiado largos. La cabeza del tío Gerhard es un poco demasiado pequeña. Tiene el pelo gris y se lo corta siempre a cepillo. Suele llevar vaqueros y chaquetas de colores. A madre le parece una locura. Lo mejor es la voz. En lugar de ser aguda es muy fuerte y muy grave. El tío Gerhard es químico, aunque en realidad ejerce de inventor. Dice que inventa cosas que nadie necesita. No hay nada más bonito, dice. La última vez que estuvo en casa ensayó otro de sus inventos. Estábamos comiendo la sopa. El tío Gerhard le echó un granito de no sé qué y la sopa cambió de aspecto «en un periquete», como él dice. Quedó hecha un ladrillo. Este invento mío es una bendición para todas las Mafaldas y demás enemigos de la sopa, dijo. Madre se enfadó muchísimo. A mí el tío Gerhard me parece extraordinario.

Madre volvía a tener de qué quejarse.

Esperemos que no haya líos por Pentecostés, pensó Ben. Sería una lástima.

¡Parece mentira! ¡Hay que verlo para creerlo! A padre no había forma de calmarlo.

Ben saltó de la cama y corrió al jardín.

—¡Ya está aquí por fin el dormilón, el incansable, el saltarín, piernas torcidas! —exclamó el tío Gerhard—. ¡Hurra! —Abrazó a Ben con sus interminables brazos, lo alzó por los aires y le preguntó bajito, muy amablemente—: ¿Estás bien, Benjamin?

—Hm.

—Ven a verlo, Ben —le gritó Holger. En un cubo de agua crecía un árbol. Iba creciendo a toda prisa y era de esponja o algo parecido.

—¡Al principio ni se veía y ahora se hace cada vez más grande!

—¡Fantástico!

—Una brujería de lo más vulgar —gruñó el tío Gerhard.

—¿Hasta qué altura va a llegar eso? —preguntó madre, preocupada.

El tío Gerhard frunció el ceño.

—Bueno, como la catedral de Colonia aproximadamente.

—Eres peor que un niño —dijo madre.

—¿Tan malos son los niños? —preguntó el tío Gerhard.

Consiguió que madre se riera.

—Me rindo —dijo.

Padre, Holger y el tío Gerhard se retiraron a hacer de las suyas. El tío Gerhard se frotaba las manos:

—¡Vamos a ver si fabricamos un pío-pío superduradero! —decía.

—¡Por favor! —Madre estaba cada vez más asustada.

—Un pío-pío bajito —añadió el tío Gerhard para consolarla.

Ben tenía mucho que hacer. Quería ordenar su cuarto y limpiar la caja en que vivía Gertrudis. Todo por Anna.

Al cabo de un rato, en el cuarto de Holger empezó a oírse un pitido suave pero insistente.

Anna llegó demasiado pronto. Se había puesto guapa, igual que Ben. Trajo un ramo de flores para madre. A Ben le pareció todo demasiado solemne. Anna, en cambio, lo encontraba divertido. Al entregarle a madre el ramo de flores, hizo una reverencia. Ben se sintió un poco avergonzado. Madre se deshacía en sonrisas.

—¿Me ayudas a buscar un jarrón donde ponerlas? —le preguntó a Anna.

Anna aceptó encantada y desaparecieron ambas rumbo a la cocina.

—Anna vuelve en seguida —añadió madre. Como si fuera un consuelo. Anna había venido a verle a él. ¿No? Ben se sentó en el alféizar de la ventana de su cuarto y esperó. Bastante rato. Madre y Anna no paraban de charlar, como si les hubieran dado cuerda. Cuando Anna, por fin, llamó a su puerta, se sintió feliz. Abrió de golpe.

Anna se quedó sorprendida.

—¡Sensacional! —dijo. Vio a Gertrudis y se arrojó sobre ella—. ¡Qué monada de bicho!

—Se llama Gertrudis.

Anna hablaba con Gertrudis y Ben con Anna. Sin saber de qué. Anna acariciaba a Gertrudis y contemplaba el cuarto.

—Tienes un cuarto muy bonito.

—Sí —dijo Ben. No se atrevió a entrar en detalles. No sabía si Anna iba a tener



alguna vez un cuarto tan bonito. Es una mala pasada que no le den trabajo al padre de Anna, pensó Ben. Y que se lo pongan todo tan difícil, sólo porque acaba de llegar de Polonia.

Anna le preguntó si podía ver toda la casa.

—Y el jardín —añadió Ben.

Ben hizo de guía. Anna no salía de su asombro. Y Ben estaba cada vez más triste. Hasta que le dijo, en voz baja:

—A ti también va a irte así de bien.

Anna no dijo: Cuando a papá le den trabajo. Ni tampoco: Ya nos arreglaremos.

No, Anna dijo, simplemente:

—En Katovice era todo más pequeño pero más bonito incluso que aquí.

—¿Tienes ganas de volver a Polonia? —preguntó Ben.

—No sé —dijo Anna—. Las cosas son como son.

Ben presentó a Anna a padre, al tío Gerhard y a Holger.

Holger la examinó con cierto aire burlesco, pero se vio en seguida que Anna había aprobado el examen.

El tío Gerhard la arrolló de inmediato con una de sus preguntas:

—¿Quieres oír a una conejilla electrónica?

Anna no tuvo tiempo ni de responder. Los módulos electrónicos empezaron a piar encima de la mesa. El tío Gerhard se sentía feliz viendo la cara de sorpresa de Anna, sa-

cuadía sus largos brazos y Ben temió que de un momento a otro empezara a llover del techo o a crecer hierba en la alfombra.

Luego se instalaron en el jardín, hasta que madre los llamó a comer.

—Con este calor podríamos ir a bañarnos —dijo Ben.

Se sentaron a la mesa.

—¡Hace un tiempo magnífico! —dijo madre.

El tío Gerhard «en persona» se había encargado de poner la mesa. Madre parecía insegura. Debía esperar una explosión o algo parecido. El tío Gerhard se comportaba como quien no es capaz de hacer crecer árboles del agua ni fabricar Gertrudis electrónicas. Hablaba con padre de los puentes solitarios que había visto alzarse en el paisaje.

—¿Los construís de broma?

—No, hombre. Todo está planificado. Después hacemos las carreteras.

—Parecen monumentos —bromeó el tío Gerhard.

Madre le pidió a Anna el plato soperero. ¡Y se armó! En cuanto la sopa tapó el fondo del plato empezaron los ruidos, borboteos, burbujeos y chasquidos. Sonaban cada vez más fuertes. ¡Cric, crac, cruc, pssst, pft, crssst, crec-crec! Madre soltó el plato.

—¡Gerhard! —suspiró. El tío Gerhard contemplaba perplejo el rumoroso plato.

—No pensé que fuera a hacer tanto ruido. Debe ser el calor que lo potencia. ¡Colosal!

Todos se echaron a reír, menos madre. Padre la miró de soslayo y se puso serio. Madre golpeó la mesa con el puño.

—¡Ya está bien! Son demasiadas tonterías. Esto no hay quien lo soporte. ¡Haz el favor de recoger los platos y lavarlos, Gerhard!

—Son cristales —dijo el tío Gerhard—. Incoloros, inodoros e insípidos. La sopa queda como estaba.

—¡Haz el favor, Gerhard! —Madre no admitía negociaciones.

El tío Gerhard puso cara de afligido. Hasta en aquello era un maestro. El rostro se le llenó de arrugas. Parecía una manzana milenaria. Al dirigirse a la cocina, con la pila de platos, encorvó la espalda y encogió las piernas bastante más de lo que solía. Igualito que un pelele.

En la cocina resonaron nuevos estampidos y chisporroteos.

—¡Es incorregible! —se quejó madre.

—¡Yo lo encuentro formidable! —dijo Holger. Anna y Ben asintieron.

La comida transcurrió sin mayores incidentes. Padre propuso ir de excursión a un embalse cercano. Todo el mundo se mostró de acuerdo.

El tío Gerhard tuvo que prometer a madre que no haría de las suyas, aquella tarde por lo menos. El tío Gerhard la miró profundamente a los ojos, bajó la voz y musitó:

—Lo juro.

Luego dividió a la familia en dos «carradas». Anna y Ben iban a ir con él.

—¡Con tu forma de conducir! —Madre se mostraba profundamente insatisfecha. Padre le dio un golpecito en el brazo para que se apaciguara.

El tío Gerhard no cedió en su empeño.

—He recorrido cuatrocientos mil ochocientos veintiún kilómetros seiscientos noventa y dos metros sin provocar el más mínimo accidente, mi querida cuñada —dijo—. Puedes cederme tranquilamente a esa encantadora parejita.

Anna y Ben tuvieron que ponerse atrás. Se sentaron, muy juntitos, en el mismo centro del enorme asiento.

El tío Gerhard les espiaba por el retrovisor.

—Parecéis dos pajaritos en la percha —dijo.

—En fin —murmuró Ben, separándose un poquito de Anna.

Anna se le aproximó de nuevo.

Anna y Ben se bañan

Padre insistió en dar un paseo de dos horas como mínimo. Madre le apoyó. Holger protestó.

—Siempre igual —dijo—, toda la familia campo a través, en fila india.

Holger prefería quedarse junto al embalse. Anna y Ben también. Al tío Gerhard no le interesaban las disputas familiares. Hacía flexiones de rodillas y disfrutaba del aire puro a su manera.

Padre no quiso ceder. Tuvieron que seguirle de mal humor.

Con el tiempo se calmaron los ánimos. Holger tallaba flechas de madera. Anna y Ben se distraían escuchando al tío Gerhard. Contaba cosas sorprendentes. Decía, por ejemplo, que era una de las pocas personas autorizadas a probar la comida de los astronautas. Y que se acordaba perfectamente de la pasta del tubo lila, prevista para la cena.

Sabía a asado de liebre, arenque en escabeche, tarta de manzanas y goma de mascar, todo a la vez.

—Por eso estoy tan delgado. ¿Es lógico, verdad?

No le creían una sola palabra, pero le escuchaban muy a gusto.

—¿Por qué no te has casado, tío Gerhard? —le preguntó Ben.

—Porque me da miedo —dijo el tío Gerhard.

A Ben le asombró aquella respuesta.

—¿Tú? ¿Miedo...?

El tío Gerhard se detuvo y clavó en el suelo el bastón de madera que le había hecho Holger.

—Reflexionad un poco, parejita de tórtolos. Si Grete, que tiene muy buen corazón, es incapaz de soportarnos, a mí y a mis artes mágicas, ¿cómo iba a soportarme una mujer condenada a convivir conmigo día y noche? Por eso he preferido, en fin... —Dejó de hablar, desenclavó el bastón, se puso serio, recuperó la sonrisa y dijo solemnemente, ahuecando la voz como si recitara—: ¿Cómo dice el dicho? ¡Antes de que te cases, mira bien lo que haces! Y ahora largaos. Necesito pensar.

Huyeron de las fingidas iras del tío Gerhard y se adentraron en el bosque. Mientras recuperaban el aliento, entre la maleza, Ben propuso acortar camino por la orilla del embalse. Anna no estaba muy convencida y dijo que prefería seguir a los otros.

—No saben por qué nos hemos ido. Nos buscarán.

—Ni hablar —dijo Ben—. Pensarán que nos hemos vuelto.

Anna le tomó de la mano.

A Ben le gustó aquel gesto. Corrieron entre los árboles, cogidos de la mano, y llegaron en seguida a la orilla del embalse. No se veía un alma. Sólo unos botes, a lo lejos. Ben se quitó los zapatos y los calcetines y chapoteó en el agua.

Anna lo imitó. Amontonaron ramas secas y construyeron un dique.

Ben la salpicó de broma y Anna se echó a correr por la orilla del embalse. Era tan rápida como él.

Se sentaron con la lengua fuera en un tronco. Guardaron silencio. Escuchaban su respiración entrecortada y los sonoros trinos de los pájaros.

—Estoy toda mojada —dijo Anna.

—Yo también —dijo Ben.

Anna se sacó el vestido por la cabeza y lo puso a secar en una rama. Ben no sabía si quitarse la camiseta. No lograba decidirse. Como se sentía apurado y era incapaz de estarse quieto, se levantó de un salto, entró corriendo en el agua y se salpicó de pies a cabeza.

—Ahora me baño —dijo. Se desnudó rápidamente y se metió en el agua. Estaba demasiado fría. Me encojo, pensó Ben. Me estoy haciendo cada vez más pequeño.

Anna lo contemplaba estupefacta.



Luego se desnudó también y braceó a su lado.

—¡Huy! ¡Está helada!

Se agarró a él como un monito. Ben la arrastró bajo el agua, sin soltarla. Emergieron juntos, escupieron, jadearon. Era una delicia sentirla como un pez.

—En el agua no peso. Llévame —dijo

Anna. Ben la sostuvo sin sentirla apenas. Luego empezó a mecerla.

—No me mires así —dijo Anna.

—No te miro en absoluto —dijo Ben.

Y la miró con mucho más detenimiento.

—Déjame —dijo Anna—. Quiero salir.

—No.

La apretó firmemente para entrar en calor.

—¡Haz el favor, Ben!

—Bueno.

Se avergonzó, de pronto, al verla correr desnuda por delante de él. Quedó inmóvil, se dio la vuelta y contempló el embalse.

—No tenemos nada para secarnos —se quejó Anna.

—Echate a correr.

—¿Y si nos ven?

—No digas tonterías. Si aquí no hay nadie —Ben se sintió terriblemente adulto.

La espío. Anna llevaba unas braguitas carmesí de algodón rizado y daba vueltas en torno a un árbol, haciendo girar los brazos.

Ben se puso los calzoncillos y se sentó en el árbol con todo el cuerpo tiritando. Anna se dio cuenta y le trajo su vestido.

—Tápate —dijo.

—Se te mojará.

—No importa.

Se sentó a su lado.

—Yo ya estoy seca —dijo.

Se envolvieron ambos en el vestido.

Ben seguía tiritando pese a todos sus esfuerzos por evitarlo. Anna empezó a darle fricciones. Poco a poco entró en calor.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Anna.

Ben asintió. Todavía le castañeteaban los dientes.

Anna lo abrazó y lo atrajo hacia sí. Ben no se movió. Así estuvieron un buen rato.

Ben sentía el calor de Anna adentrándose en él.

—Ahora estamos los dos iguales —le dijo a Anna al cabo de algún tiempo.

Anna se levantó de un salto.

—¡A que no me pillas! —exclamó. Se movía como una comadreja, dando vueltas y más vueltas entre los árboles. Ben no conseguía alcanzarla.

Se detuvo en seco. Ben no lo esperaba y la derribó. Rodaron juntos por el suelo.

La cara de Anna rozó la suya.

Ojalá fuera así siempre, pensó Ben.

Y le dijo lo que no quería decir:

Mis padres nos estarán esperando.

Se vistieron.

Los calcetines y los zapatos se los llevaron en la mano.

—Es mejor que sigamos por la orilla. Ben tenía razón. Borearon el embalse y se encontraron con los otros. Qué raro que no protesten, pensó Ben. Madre sonrió satisfecha y les preguntó si tenían hambre.

Claro.

Se pararon a merendar. El sol se puso y refrescó.

Padre, Holger y el tío Gerhard hicieron una hoguera. Madre ensartó unas salchichas en un palo. Ben se sentía muy cansado. Se echó al suelo, cerró los ojos y oyó hablar a madre y Anna. Anna le explicaba que se habían bañado.

—No me extrañaría que os hubierais resfriado —dijo madre.

Ben se durmió. Le despertó un delicioso olorcillo delante mismo de sus narices. Era Anna que le acercaba una salchicha recién hecha. Se rieron todos.

Cuando dejaron a Anna en las barracas era ya de noche.

—Esperemos que tus padres no protesten.

—Seguro que no —dijo Anna—. Gracias por todo —añadió.

El tío Gerhard pisó a fondo el acelerador.

—¿Cómo está el asunto, Benjamin Körbel?

—No puede estar mejor —susurró Ben.

—Usted lo subestima, amigo mío —sentenció el tío Gerhard.

El segundo renglón

Durante las vacaciones Anna y Ben dejaron de verse. Anna no dio señales de vida y Ben no quiso ir a visitarla. Aunque pensaba constantemente en Anna. Hasta soñó con ella. Volvían a jugar a la orilla del embalse. Anna había nadado demasiado lejos. Quiso alcanzarla. Las piernas se le hacían cada vez más pesadas. Se hundía. Cuando estaba a punto de ahogarse se despertó.

Madre le preguntó si estaban enfadados. Le molestó oírlo y la dejó plantada, sin decir palabra.

Todo el mundo se portaba mal con él. Incluso Anna.

Confió en que faltara el primer día.
Allí estaba.

La vio en seguida, nada más llegar al patio de la escuela.

Le estaba diciendo a Jens algo al oído.

Le hubiera dado una paliza. Y a Jens también. Tuvo ganas de llorar.

Hubiera preferido hacer novillos.

Anna se reía.

Jens se reía.

Ben pasó despacio por delante de ellos, con los puños crispados en los bolsillos de los vaqueros.

—Eres un imbécil, Jens —le dijo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Anna—. ¿Por qué te portas tan mal con Jens?

—Porque se porta mal conmigo.

—No es verdad. No te ha hecho nada.

—Tú sabrás...

Anna cogió del brazo a Jens, como había hecho con él, y se lo llevó de allí.

—Está mal del coco —dijo—. Ben está mal del coco, seguro.

En clase no atendía. Voy a ponerme enfermo, pensó. Estoy enfermo. Quiero irme a casa. Tengo ganas de morirme para que Anna lo lamente.

Estuvo solo durante todo el recreo. Anna no vino a recogerle.

Tengo fiebre, pensó. Todo transcurría muy lejos, sin llegar a él.

Sonó el timbre y se encaminó hacia la clase arrastrando los pies. Detrás de todos. Nadie le hacía caso. Descubrió que el pavimento del pasillo era verde. Qué raro, pensó. Creía que era gris. Y es verde.

Oyó los pasos de Seibmann y se apresuró.

La clase, en realidad, parecía esperarle a él. No le costó mucho averiguar por qué. En la pizarra, en mayúsculas, ponía:

BEN QUIERE A ANNA

Había sabido que iban a jugarle alguna mala pasada. Era parte de su mal. De lo contrario no le hubiera dolido tanto.

Se quedó como petrificado entre los pupitres y la pizarra. Le extrañó que los demás no se rieran, que contuvieran el aliento esperando su reacción.

No se había dado cuenta de que Herr Seibmann había cerrado suavemente la puerta a sus espaldas. Estaba ahora junto a Ben, con la vista clavada también en la pizarra. Sintió su mano grande sobre el hombro, acariciándole imperceptiblemente.

La clase empezó a zumbiar. Ben, temeroso, se encogió de hombros. Iban a estallar de un momento a otro. Y así fue. Se pusieron a gritar:

—¡Ben quiere a Anna! ¡Ben quiere a Anna! —voceaban, se refan.

Herr Seibmann sujetó a Ben con firmeza y esperó un instante. Ben apenas conseguía reprimir los sollozos. Tuvo miedo de que le reventara el pecho.

Herr Seibmann se volvió muy lentamente, arrastrando a Ben para que también él tuviera que enfrentarse a la clase. Se movían igual que en las películas antiguas, como el Gordo y el Flaco.

Los alumnos empezaron a sentarse uno tras otro.

Fueron callando uno tras otro.

—Muchas gracias —dijo Herr Seibmann.

Ben se esforzaba por no mirar hacia donde estaba Anna. Había colaborado. Lo había permitido. Se rió con todos ellos. Se burló de él. Anna se había burlado de él.

—Falta un renglón en la pizarra —dijo Herr Seibmann. Hablaba en voz tan baja que nadie se atrevía a rechistar.

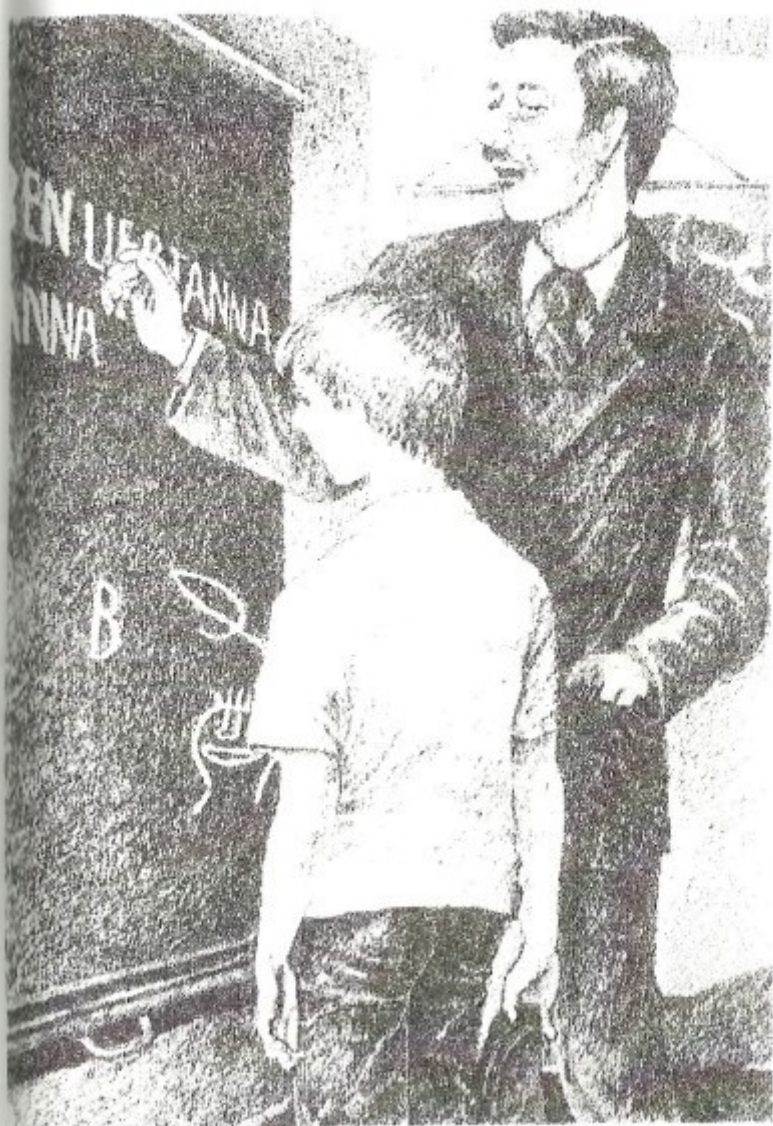
—¿Me ayudáis? —Alguno que otro dijo que no con la cabeza. La mayoría contemplaba atónita a Herr Seibmann. Tampoco Ben acababa de entender qué pretendía Herr Seibmann.

Herr Seibmann soltó a Ben, le acarició la frente, se acercó a la pizarra, tomó la tiza y escribió debajo de BEN QUIERE A ANNA, con letras igual de grandes: ANNA QUIERE A BEN.

Ben iba leyendo lo que escribía. A cada letra se ponía más triste. No es cierto, estuvo a punto de gritar. Tuvo miedo de hacer el ridículo.

—Para quererse hay que ser dos —explicó Herr Seibmann. Dejó escritas ambas frases, acompañó a Ben hasta el pupitre y dijo—: Después de clase podéis pensar en todo eso. Ahora vamos a hacer unos ejercicios de cálculo.

Miró a Ben con gesto pensativo.



—¿Te sientes mal? —le preguntó—. Sabes qué te digo. Puedes irte a casa si quieres.

Ben no dejó que se lo repitieran. Cogió la cartera y salió corriendo.

Ben enferma y Anna se va

En efecto, Ben se puso enfermo. Con mucha fiebre. Madre tuvo que dejar el trabajo para cuidarlo. El médico iba a verlo todos los días, le palpaba el vientre y le auscultaba. Holger a veces le leía algo, pero Ben estaba demasiado cansado para atender a la lectura. Días y noches se sucedían sin que pudiera distinguirlos. Sólo cuando padre se sentaba al borde de su cama imaginaba que era ya por la tarde. Ben soñaba a menudo. Locos desvaríos, casi siempre en torno a Anna.

Llegó a pensar que había enfermado por culpa de ella, pero el médico opinó que se trataba de una gripe complicada. Hasta el tío Gerhard vino a verlo. Le preguntó por qué demonios se tragaba, así sin más, tantos bacilos. El tío Gerhard tosió, estornudó, tuvo miedo de contagiarse y le regaló un hermoso coche de hojalata, modelo antiguo, para su colección de miniaturas.

Cuando Ben estuvo casi curado y el médico dijo que al cabo de dos días ya podría ir a la escuela, padre le contó que había estado en casa de los Mitschek.

—Anna está muy bien —le dijo—, y te manda recuerdos.

—¿La viste?

—Sí. Estuve con su padre.

Tal vez por mí y por Anna, pensó Ben, algo miedoso.

—Se me ocurrió que a lo mejor podría ayudar a Herr Mitschek a encontrar trabajo —dijo padre—. No estaba nada bien que le tuvieran esperando de esa forma, siempre de un lado a otro. Herr Mitschek se sentía cada vez más indignado y decidió resolver personalmente el asunto. No tuvo la paciencia que debe suponerse en gente como él. Escribió a unas cuantas minas de la Cuenca del Ruhr, y una de ellas le contestó diciendo que allí podía trabajar de inmediato. Le dan incluso vivienda. Me gustó mucho su actitud. Herr Mitschek se cansó de que hicieran con él lo que les viniera en gana.

Ben pensaba sólo en Anna.

Anna se va, pensaba. Anna se va.

—¿Se va a ir Anna también? —le preguntó.

—Sí —dijo padre—. Es una lástima. Pero podéis escribiros.

Ben se volvió hacia la pared y padre se quedó a su lado, en silencio.

Anna le había preparado una sorpresa. El día en que por fin volvió a la escuela,

le estaba esperando junto a la puerta del garaje. Madre lo sabía y no dijo palabra. Cuando Ben la vio quiso correr a su encuentro. Luego caminó hacia ella, muy lentamente.

—¿Te han traído? —le preguntó.

—No —dijo Anna.

—Te habrás levantado muy temprano.

Me parece estupendo.

Anna le contó cosas de la escuela.

Ben le preguntó por Jens y por Bernhard. Anna no le hizo caso.

—Me voy, me voy con mis padres —dijo.

—Sí —dijo Ben—. Ya lo sé.

—La semana que viene —dijo Anna. Y lo que añadió fue muy hermoso—: Estoy triste, Ben. Por ti. Porque ya no nos veremos.

En la escuela le dieron una gran fiesta de despedida. Organizaron una colecta y Herr Seibmann, en nombre de la clase, le entregó una cartera nueva. Anna se sentía terriblemente desconcertada. Ben la acompañó a casa. Quiso proponerle que volvieran a su casita de junto a la vía. No lo hizo porque Anna estaba nerviosísima y porque sus padres parecían muy atareados, preparando el traslado. Todo el mundo le estrechó la mano. La madre de Anna lo besó en ambas mejillas. Debe ser costumbre, pensó Ben.

—Enviaremos noticias —dijo Herr Mitschek.

—Tu padre es muy buena persona —dijo Ben.

—Tú también —dijo Anna.

Le acompañó un trocito por el camino de vuelta.

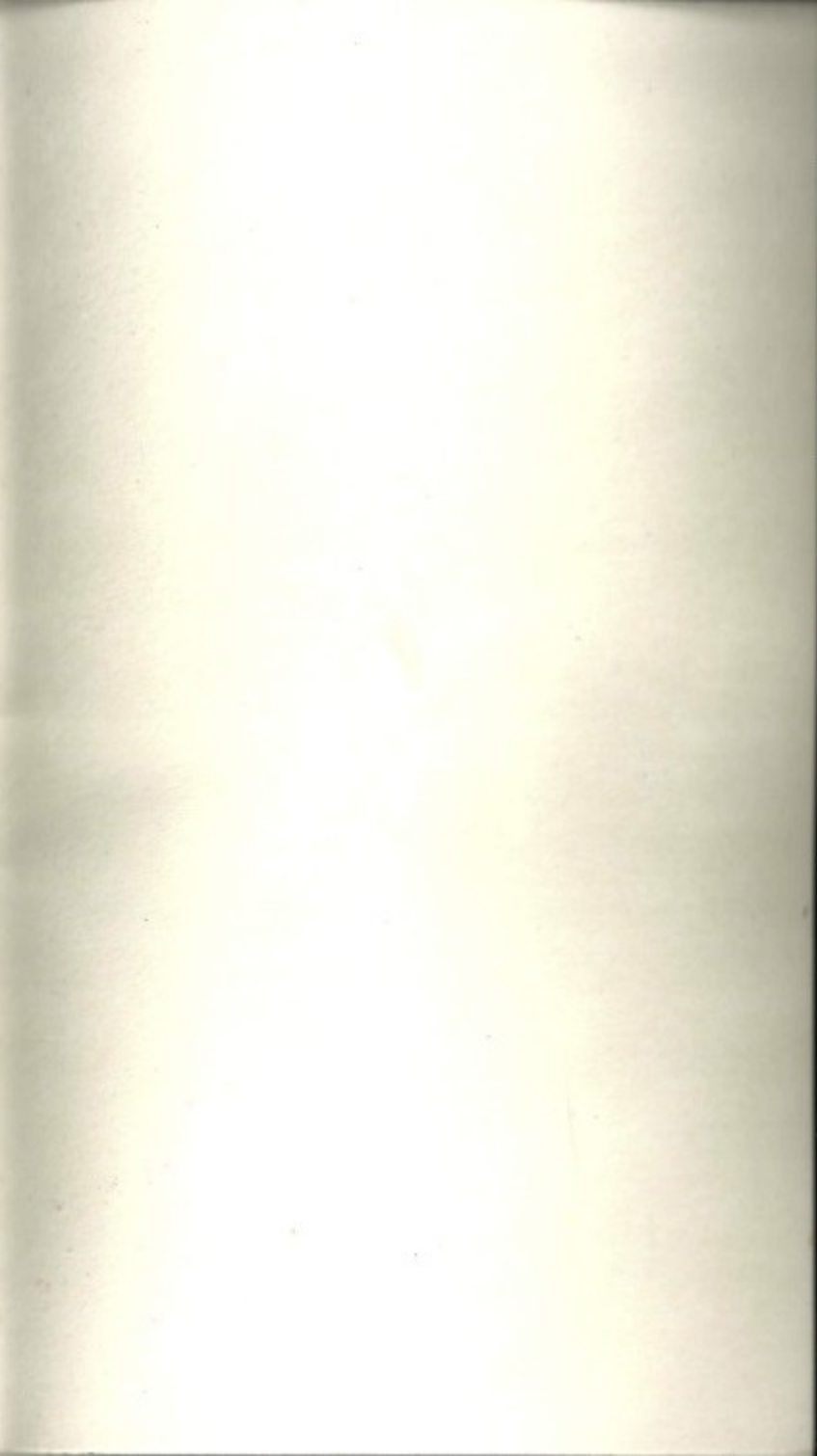
Se detuvo.

—Tengo que ayudar en casa —dijo—, si no mamá se enfada.

Le daré un beso de despedida, pensó Ben.

No pudo. Anna le soltó un empujón y salió corriendo como una loca. Ben la siguió con la mirada, unos instantes, y salió corriendo él también. Le venían a la mente frases y más frases. Quiero a Anna. Anna se va. Tengo que escribirle en seguida una carta. Puede venir a vernos. La quiero mucho, de verdad.

Estuvo a punto de llorar. Pero no lloró.



Ben quiere a Anna

Peter Härtling

Nació el año 1933 en Chemnitz (Alemania) y vive actualmente en Walldorf/Hessen. Comenzó su carrera literaria en el mundo periodístico como reportero. Esta actividad redundaría en sus novelas, poemas... llenos de vida y actualidad. Al principio sólo escribió para adultos pero desde el año 1970 escribe para niños y jóvenes que le han reconocido como a un estupendo escritor lleno de sinceridad y ternura.

Dice Peter Härtling sobre este libro: «Quiero explicar en pocas frases por qué cuento la historia de Benjamin Korbel y Anna Mitschek. A veces los adultos les dicen a los niños: "no tenéis edad para saber lo que es el amor. Hay que ser mayor para saberlo". Esto significa que han olvidado muchas cosas, no tienen ganas de hablar o se hacen los tontos. Yo recuerdo perfectamente que me enamoré a los siete años. Ella se llamaba Ursula. No es la Anna de este libro. Pero al hablar de Anna pienso también en Ursula. Ben quiso mucho a Anna. Y Anna quiere a Ben».



Ilustración de cubierta:
KARIN SCHUBERT

ALFAGUARA

DESDE
10
AÑOS

ISBN 956-239-147-7



9 789562 391474